

## MARIA Y JESUCRISTO

En Caná de Galilea dio comienzo Jesús a sus signos y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él. De este modo la fe de los discípulos aparece como fruto de la intercesión de María. “No tienen vino” (Jn 2,3). Con estas mismas palabras María se dirige hoy a Jesús desde una sociedad como la nuestra, que, pese a sus hondas raíces cristianas, ha visto difundirse en ella los fenómenos del secularismo y la descristianización, y “reclama, sin dilación alguna, una Nueva Evangelización”.

María sigue repitiéndonos a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Esta frase —lo sabemos bien— tiene un valor permanente. «El objetivo de la evangelización no es otro que éste: acoger la palabra de Cristo en la fe, seguirla en la vida de cada día, hacer de ella la pauta inspiradora de nuestra conducta individual, familiar, social y pública».

Todo en María conduce a Cristo, quien es el Camino, la Verdad y la Vida (Cfr. Jn 14,6). Todo en Ella nos remite a su Hijo, a contemplarlo, a escucharlo, a acogerlo, a seguirlo. Todo en Ella, su razón de ser —pues vive para ello—, es mostrarnos y entregarnos a Jesucristo, luz de los hombres, traernos a Jesús, colaborar con toda su persona y en todo a que Dios lleve a cabo su designio de salvación, que no es otro que Jesucristo, su Hijo único y unigénito, el predilecto, venido en carne, muerto y resucitado por todos los hombres para la salvación de todos.

Esdecir, en primer lugar se ve en María a la Madre del Redentor: de Ella el Hijo de Dios ha recibido su humanidad, y por su cooperación ha querido Él participar en la sangre y en la carne del hombre y así «aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte... y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud» (Heb 2,14-15).

María es la “*Estrella de la Evangelización*”. La relación que existe entre María y Cristo, María y la Iglesia, funda el nexo de María con la evangelización, pues la persona de Cristo es el Evangelio mismo y el contenido esencial del anuncio cristiano. Él es el Evangelio vivo, la sustancia viva del Evangelio y el primer Evangelizador, como dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y recoge y reafirman Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio* y Francisco en *Evangelii Gaudium*, Cristo nos ha sido dado por María, como nos es ofrecido y entregado hoy por la Iglesia, que tiene puesta su mirada en Él, iniciador y consumidor de su fe (Heb 10).

Viene bien recordar en estos momentos que la evangelización consiste, en último término y en su entraña más honda y propia, en generar nuevos hijos en el Hijo y, en ese sentido, en dar a luz a Cristo en el corazón del mundo.

Por otra parte, el mundo necesita a Jesucristo. Como en la escena de Caná, el mundo necesita el vino nuevo del Evangelio: «No tienen vino (ver Jn 2). Como también se nos dice gráficamente en la Escritura, la población entera se agolpa a la puerta donde está Jesús curando (ver Mc 1,33). Todo el mundo lo busca, aunque a veces no sea consciente de ello.

También hoy el mundo busca a Jesucristo. No podemos quedarnos ante esa búsqueda que está en todo hombre. Una búsqueda y una petición que nos grita a nosotros, aunque a veces podamos ser débiles: "¡ayudadnos

Lo que en este momento está en juego es, precisamente, que los hombres puedan abrirse a Jesucristo. No en balde Dios, que es quien conduce la Iglesia, puso en labios de San Juan Pablo II al inicio de su Pontificado: «Abrid de par en par las puertas a Cristo». El papa Juan Pablo II nos grita lo mismo una y otra vez: «No tengáis miedo... abrid de par en par las puertas al Redentor». Lo que está en juego es esa apertura del mundo al Redentor. Ante tanta violencia, ante tanta pobreza, ante tanta quiebra de humanidad, ante tanta ruptura de la que es manifestación la situación moral de la persona humana, ante tanto sufrimiento injustamente infligido y llevado a cabo, ante tanta aniquilación de la vida, lo que está en juego es abrirse a Jesucristo, en quien se nos descubre la grandeza y sublimidad de nuestra vocación y se nos hace presente, al tiempo que se nos desvela, el misterio de Dios, la Verdad y la verdad propia del hombre, que se nos da en Jesucristo.

El mismo San Juan Pablo II nos lo ha recordado con palabras bellísimas y lapidarias en su carta *Novo millennio ineunte*: «No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: "Yo estoy con vosotros!». Por eso, se trata ahora de buscarle de todo corazón y seguirle, de oírle y contemplarlo, adorarlo, vivirlo, darlo a conocer con obras y palabras, entregarlo... Eso es lo que hace la Virgen María.

Atrévase a vivir la más noble y bella aventura que puede vivirse hoy: llevar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, a este mundo nuestro que vive unas especiales condiciones de todas conocidas. Nos espera una apasionante tarea de renacimiento pastoral, una obra que implica a todos, esto es: evangelizar, evangelizar de nuevo, evangelizar como en los primeros tiempos, que son los de María.

## MARIA Y LA IGLESIA

A partir de aquí podemos profundizar y entender lo que evoca la expresión "*María, Estrella de la Evangelización*". María, como *Estrella de los mares*, es faro, guía y norte, que conduce la obra evangelizadora de la Iglesia —su razón de ser— hacia el ansiado puerto de la salvación de los hombres, de la humanidad nueva santificada; es la luz que la orienta e ilumina en su caminar por los procelosos mares de la historia y del mundo con la red barreada del Reino echada en el nombre de su Señor. "

No es posible, por tanto, ahondar en lo que evangelizar significa para la Iglesia sin encontrarse en el centro mismo de esta meditación y ahondamiento con la figura de María, la Mujer que como Esposa y Madre ha visto realizar en sí plenamente el designio de Dios sobre el linaje humano.

"*María, Estrella de la Evangelización*" nos evoca a la luz de la aurora naciente que brilla con la luz del Sol que nace de lo alto, presagiando y anticipando la luz rutilante del Sol de mediodía que disipa toda oscuridad, ilumina todo y lo cubre todo con el resplandor de su gloria.

Nos remite al que es Luz de las naciones y gloria del pueblo de Dios (Cfr Lc 2,32), Sol que nace de lo alto, enviado a nosotros por entrañable misericordia de nuestro Dios para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, y guiar nuestros pasos por los senderos de la paz, donde se concentran, en esa paz, todos los bienes y promesas de Dios (ver Lc 1,78-79).

Merced al vínculo especial que une a María con la Iglesia y a la Iglesia con María, se aclara mejor el misterio de la mujer: "Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor —dice el papa Juan Pablo II—, participa maternalmente en aquella 'dura batalla contra el poder de las tinieblas' que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la 'mujer vestida de sol' (Ap,1), se puede afirmar que 'la Iglesia en la beatísima Virgen ya llegó la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga'".

María se nos presenta como figura de la Iglesia que, «alentada por la esperanza, reconoce la acción salvadora y misericordiosa de Dios, a cuya luz comprende el propio camino y toda la historia. Ella nos ayuda a interpretar también hoy nuestras vicisitudes bajo la guía de su Hijo Jesús.

Necesitado de muchas cosas, nuestro mundo ciertamente de nada está tan falto como de Dios. En esta situación, ante tal carencia fundamental, la Iglesia, nosotros en ella, debemos mostrar nuestra compasión y hacer del anuncio de Dios vivo el centro de nuestro servicio a los hombres.

La Iglesia sólo puede hablar de Dios como hace María, del abismo del amor y de misericordia que, como María, ha encontrado en el que está en el seno de sus entrañas, manifestación de esa misericordia inenarrable de Dios Padre. Cultivar el encuentro con Él es la clave para una apasionante renovación de nuestro mundo y un renacimiento pastoral en nuestras comunidades, en nuestra diócesis, en la Iglesia universal. De esta renovada experiencia de fe y amor a Jesucristo podrá nacer un nuevo ímpetu en la misión de la Iglesia. Ése es nuestro norte.

El nuevo milenio se nos ha abierto a todos los cristianos, a toda la Iglesia, «como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo».

La obra de su maternidad, es el traer y mostrar a Cristo. La Iglesia en estos momentos ha de ser esa Madre que traiga y muestre al Hijo de María.

En el fondo de los hombres de hoy, en general, y de los jóvenes, en particular, hay una sola y gran aspiración en relación con nosotros, en relación con la Iglesia: tienen sed de Cristo. El resto lo pueden pedir a otros. Buscan a Cristo, todos lo buscan.

A la Iglesia se le pide a Cristo, y de nosotros tienen derecho a esperarlo con obras y palabras. Somos deudores para con los hombres de hoy, de esa gracia sin mérito nuestro, y ellos tienen derecho a reclamarlo de nosotros.

## MARIA Y LA EVANGELIZACION

Sin exageración y sin desmedirnos en nuestras palabras, bien podemos afirmar que cuando decimos "*María, Estrella de la Evangelización*" estamos también diciendo, como acabo de señalar, **contenido de evangelización:** Cristo, Hijo de Dios, nacido por obra del Espíritu Santo de sus entrañas, Redentor de los hombres, venido en carne para traernos, darnos y participarnos el amor infinito y misericordioso de Dios que alcanza su máxima y plena revelación en la muerte, resurrección de Jesucristo y en el envío del Espíritu de la verdad.

Cuando decimos "*María, Estrella de la Evangelización*" estamos diciendo **fin y meta del anuncio**, de la presencia y de la fuerza salvadora del Evangelio vivo que es Cristo, del designio de Dios que por Él nos alcanza. Así, estamos diciendo toda santa, llena de gracia, limpia de todo pecado, humanidad salvada, nueva Eva, enriquecida con todos los dones y bendiciones en Dios, humanidad nueva y libre, hija de Dios, morada del Altísimo, sagrario del Hijo, templo del Espíritu, Mujer creyente, esclava del Señor, toda de Dios, fiel a su Palabra, obediente en todo, feliz porque el Poderoso ha hecho obras grandes en Ella y por Ella, bendita entre las mujeres, madre solícita junto a la cruz de los hombres, asunta a los cielos en cuerpo y alma, liberada de la muerte, contempladora del rostro del Dios.

Todo eso es **fin del anuncio del Evangelio**, meta donde se expresa ese designio de Dios para con todos hombres. Al ver en María la meta de la evangelización estamos viendo la acogida e implantación del Reino de Dios, cumplimiento de su promesa. Estamos también viendo en Ella que Dios el Poderoso ha hecho obras grandes en favor de los hombres. Al ver en María la meta de la evangelización estamos viendo a aquella que vive de Dios oculta- para Dios: «Hágase en mí según tu palabra, aquí está la esclava del Señor» (1,38).

Así, sin alforja, sin dinero, con el bastón sólo de la fe, solamente así se evangeliza, sólo así se trae la alegría para todo el mundo. Despojada de todo, si nada, esclava, pendiente del querer de su Señor, abierta a lo que Él quiere y le pide, a su designio, dejando a Dios ser Dios, así se abre paso el Evangelio, así se engendra al Hijo en su carne, así se instaura el Reino de Dios.

*María, Estrella de la Evangelización*”, estructura y método de la misma, deja a Dios ser Dios en la sencillez, en el ocultamiento, siempre en segundo plano, menguando para que el Hijo aparezca y crezca como la levadura, como la sal, como el pequeño grano de mostaza que casi no se percibe. En la mansedumbre y en la misericordia, entre llanto y sufrimiento, junto a la cruz, con la cruz, sabiéndose unida desde el comienzo a la cruz y al sufrimiento —el sufrimiento que padece por José y con José, el que sufre en Belén, el del destierro, el que le anuncia Simeón, el de la pérdida del Niño, el de la cruz—, su vida es un camino de cruz, de negarse a sí misma. Así es el camino de la evangelización.

Remitida y remitiéndose siempre a su Hijo —«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5)—, meditando y contemplando el rostro de Cristo, de oración y contemplación, así Ella es Estrella de la Evangelización. Y es que sin vida interior no hay evangelización, sin interioridad el hombre pone en peligro su integridad.

a evangelización presupone comunicarse a solas con Dios en la escuela de María, ser asiduos de la vida de oración y de la contemplación del misterio de Cristo.

*“María, Estrella de la Evangelización”* porque es la primera evangelizada, y por lo mismo la primera evangelizadora, no sólo, en perspectiva cronológica y de precedencia, sino porque es también en quien de manera principal y plena se cumple el Evangelio, los frutos de la presencia del acontecimiento que trae la dicha y la paz. María evangelizada y evangelizadora, ése es el camino. La misión del Hijo fructifica cuando por la maternidad aceptada de su Santísima Madre arraiga en Ella y se deja transformar por el amor de Dios.

Por ello toda María es testimonio, no fuerza avasalladora ni imposición, sino testimonio con su vida y su palabra de lo que ha acaecido en favor de los hombres por Ella y en Ella, la humilde esclava. Toda su vida es un **testimonio** vivo de una vida entera entregada a Jesucristo y a su obra salvadora. No vive para sí, sino entregada por completo a su Hijo, y por eso comunica y entrega al

que es el Evangelio Vivo. Ella es modelo de fe, pregonera y heraldo de las maravillas de Dios capaz de entregar a todas sus energías al servicio de los demás, como vemos a título de ejemplo en casa de su prima Isabel, en las bodas de Caná, sobre todo junto a la Cruz, e inseparable también de esa Iglesia naciente en Pentecostés.

No hay obra evangelizadora sin que esté presente en ella, como palabra y testimonio, como anuncio y llamada, como presencia y anticipo, vida eterna, las realidades últimas, el triunfo del Cordero sin mancha que es definitivo y para siempre como plenitud y obra de Dios con su Madre. María, toda santa, inmaculada desde su concepción, Virgen y Madre, asunta a los cielos en cuerpo y alma, muestra no sólo el contenido escatológico del anuncio sino la realización de ese contenido y el signo de esperanza y de camino a la esperanza que ese contenido entraña.

Criatura nueva, plasmada por el Espíritu Santo, María hace crecer en nosotros la virtud de la esperanza», que es inseparable de la obra de la evangelización. Camino de esperanza, anuncio y presencia, testimonio de la esperanza ya cumplida y espera de lo que ha de venir, abierta para la esperanza y reclamo y exigencia de la misma, María es Aurora de un mundo nuevo, «Madre de la esperanza», y es así **Estrella de la Evangelización**.

Desde ahí puede medirse la urgencia que tenemos, precisamente, para, desde la luz de la que María es Estrella de Evangelización, Miremos, pues, el Evangelio sin ningún miedo y sin ningún complejo. Mostremos, sin echarnos atrás y sin retirarnos, a Jesucristo. Démoslo valientemente a todos, a los que están lejos y a los que están cerca, a aquellos con los que convivimos trabajamos, a todos. Anunciamos a Jesucristo con obras, en nuestros trabajos, en nuestras familias, en nuestra vida en la sociedad. Que nuestras realidades cotidianas, nuestras personas todas, sean signo de que somos de Jesucristo, que le pertenecemos. Que todo en nosotros sea signo de que somos de Cristo. De esta manera seremos como María; y así es como únicamente podemos entregarles a Jesucristo a los hombres de hoy.

En el mundo en que vivimos no queramos saber otra cosa entre los hombres, como María, que a su Hijo Jesucristo, y no queramos evangelizar de otra manera que como María evangeliza, al pie de la Cruz, unida a la Cruz, en esa Cruz en la que Cristo lleva su consumación —el «aquí estoy para hacer su voluntad» (*Heb 10,9*)— y en la que Ella también culmina —«aquí está la esclava del Señor» (*Lc 1,38*)—. Por eso, para nosotros valencianos, nuestra enseña es la Virgen de los Desamparados, dada como Madre junto a la Cruz de su Hijo.

Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque 'derribó de su trono a los poderosos' y 'despidió vacíos a los ricos' (*Lc 1,52.53*) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Es también la que conserva cuidadosamente 'todas las cosas meditándolas en su corazón' (*Lc 2, 19*). María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también aquellos que parecen imperceptibles. Es

contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret y también es la Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás 'sin demora' (Lc 1, 39).

Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo... Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga" (Papa Francisco), Virgen gloriosa y bendita, Madre de Dios y Madre nuestra del Cielo, *Estrella de la Nueva Evangelización*.

## EL MUNDO NECESITADO DE DIOS

Cuando decimos "*María, Estrella de la Evangelización*" estamos también diciendo **estructura y método, agentes de la evangelización**, pues estamos evocando a la Iglesia Madre como sembradío de Dios donde cae la semilla de la Palabra como pequeño grano de mostaza y brota, arraiga y crece hasta anidar en ella el Reino y señorío de Dios (cfr. Mt 13,3ss). Ella es el campo donde se esconde el tesoro que vale todo, y al que nada ni nadie se le puede comparar (cfr Mt 13,44). Ella es la que escucha y acoge (cfr Lc 11,28), la que guarda en su corazón y medita la palabra de Dios (cfr Lc 2,19.51), la que como fiel esclava está pendiente de su Señor (cfr Sal 123,2; Lc 12,36.43), la que se pliega enteramente a su voluntad como el Hijo de sus entrañas, en cuyos labios el autor de la *Carta a los Hebreos* pone aquellas palabras: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,9).

Ahí, en ese plegarse a lo que Dios Padre quiere, es donde está la salvación, el Reino de Dios, Dios mismo, Dios con los hombres, Dios con nosotros y para nosotros. Ahí se expresa lo que es la búsqueda del hombre a la que sale al paso el acontecimiento del Evangelio. Dios buscado y anhelado por el hombre, Dios que sale al encuentro y sacia y colma, Dios buscado y anhelado por encima de todo.

Ella es la dichosa, la feliz porque ha creído, porque ha escuchado la Palabra de Dios y la ha acogido; la que ha sido saludada por el mensaje de alegría, por el anuncio de la presencia de Dios entre nosotros; la que lleva la alegría, y la que henchida de gozo y alegría, canta y proclama la grandeza de Dios. El anuncio se realiza envuelto de alegría, trae alegría, transmite alegría.

La persona del evangelizador vive inmersa en la alegría de las maravillas amorosas de Dios, de sus grandes gestas y da testimonio de ellas: "Alégrate, María, dichosa tú que has creído, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen; la criatura, saltó de alegría en su vientre; Isabel llena de alegría; María canta y se alegra en Dios su Salvador; los pastores se llenaron de alegría; también los Magos; todo va acompañado y bañado por la alegría en María". María, la pobre de Yahveh, la que no tiene nada, la que se apoya únicamente en Dios, no en los criterios y medidas del mundo y de los hombres, sólo en Dios, para quien nada hay imposible, de quien reconoce y proclama que mira la humildad de la esclava, que es poderoso y tiene la iniciativa, hace por sí obras grandes, levanta del polvo a los desvalidos, dispersa a los soberbios de corazón, destrona a los poderosos y enaltece a los humildes (Cfr Lc 1,46ss).

Así, sin alforja, sin dinero, con el bastón sólo de la fe, solamente así se evangeliza, sólo así se trae la alegría para todo el mundo. Despojada de todo, si nada, esclava, pendiente del querer de su Señor, abierta a lo que Él quiere y le pide, a su designio, dejando a Dios ser Dios, así se abre paso el Evangelio, así se engendra al Hijo en su carne, así se instaura el Reino de Dios.

Hoy resulta todavía más necesario hablar de Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque vivimos en una cultura fuertemente secularizada donde se desarrolla la increencia, sobre todo en sectores muy dinámicos y jóvenes de la población. El mundo de hoy padece un silencio lacerante de Dios. Este silencio es el acontecimiento fundamental de estos tiempos de indigencia; no hay otro que pueda comparársele en radicalidad y en lo vasto de sus consecuencias deshumanizadoras, ni siquiera la pérdida de sentido moral.

Desde ahí puede medirse la urgencia que tenemos, precisamente, para, desde la luz de la que María es Estrella de Evangelización, hablar públicamente de Dios, no callar su nombre, no ocultar las grandes obras que Él realiza, que está realizando en medio de nuestra historia.

Es verdad que durante aproximadamente los últimos 50 años se ha producido en el mundo una verdadera revolución cultural que fomenta una particular manera de entender al hombre y al mundo al margen de Dios y como si Dios no existiera. Los peligros que de ahí se derivan son patentes y mortales para el ser humano.

Se vive como si Dios propiamente no existiera. Por supuesto, no se vive en su presencia, ya que Dios es como algo evanescente relacionado con los sentimientos o los esta de la vida, y Él queda relegado a los márgenes de la existencia; lo cual no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre. Y esto incluso se ha introducido en el interior mismo de la Iglesia, en una secularización de ella, la más peligrosa de todas.

La indiferencia religiosa, el rechazo o el olvido de Dios quiebran



interiormente el verdadero sentido del hombre, alteran en su raíz la interpretación de la vida humana y debilitan y deforman los valores éticos y morales.

Un mundo sin apertura a Dios carece de aquella holgura que necesitamos los hombres para superar nuestra menesterosidad y dar lo mejor de nosotros mismos. Un hombre sin Dios se priva de aquella realidad es la raíz de su libertad.

No puede extrañarnos que una cultura secularizada, que una cultura que no deja espacio a Dios, una cultura incluso de la increencia como tratan de imponer ciertos poderes dominantes, esté muy unida a una cultura de la insolidaridad.

Tampoco puede extrañarnos que surja de ahí un mundo más propenso al individualismo que al amor, a la increencia que a la fe en el Dios vivo, y que sea también, al mismo tiempo, más proclive al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que a la generosidad. No es posible devolver al hombre su auténtica dignidad, abrirla a la esperanza más viva, darle sentido más humano y absoluto, sin el descubrimiento y aceptación de Dios.

Una sociedad sin Dios es una sociedad que quiebra la vida del hombre. Lo que está en juego en los momentos actuales es la manera de entender la vida con Dios o sin Dios, con esperanza de vida eterna o sin más horizontes que los bienes del mundo, con un código moral objetivo respetado desde dentro o con la afirmación soberana de la propia libertad como norma absoluta de comportamiento hasta donde permitan las reglas externas de juego.

No da lo mismo una cosa que otra, y éste es el reto para nosotros los cristianos: que los hombres entiendan y vivan la vida con Dios y con esperanza en la vida eterna. Ningún asunto es tan central y decisivo.

Por eso hablar de Dios en tiempo de silencio tan denso sobre Él es la tarea siempre pendiente que atormenta hoy a la Iglesia, y de manera muy particular a los Pastores.

Por más difícil que sea encontrar el nuevo lenguaje de la fe, no podemos seguir la recomendación de Dietrich Bonhoeffer trabajar por la justicia". Sólo esto no basta, nos llevaría a la secularización.

Es preciso hablar de Dios, hablar de Él para darle gloria, como hace la Santísima Virgen María; y en esto es necesario que contemplemos toda la persona y todo el misterio de María, y que nos adentremos también en su canto del *Magnificat*.

Aunque parezca una perogrullada, es preciso que hablemos de Dios, sencillamente de Dios vivo, de Dios como Dios, de Dios como lo único necesario, que hablemos de Él en el centro y desde el centro de la plenitud de la vida, como la Virgen María.

El lenguaje cristiano no puede ser un discurso abstracto; sólo puede ser el testimonio de algo que a uno le ha acontecido.

María vive de Dios y para Él proclama a voz en cuello sencillamente esta grandeza de Dios que es la grandeza del hombre, de ese hombre humillado que es levantado. Solamente desde ahí puede proclamarse testificadamente, con toda verdad, que la grandeza del hombre está en Dios y únicamente en Dios, y que sólo en Dios el hombre encuentra su dignidad.

La Iglesia sólo puede hablar de Dios como hace María, del abismo del amor y de misericordia que, como María, ha encontrado en el que está en el seno de sus entrañas, manifestación de esa misericordia inenarrable de Dios Padre.

El lenguaje cristiano sobre Dios, insustituible por el más acabado de los discursos, es el testimonio de ese amor misericordioso, proclama la misericordia del Señor, la redención de Jesucristo, donde está toda misericordia de la que brota una vida nueva, una mirada nueva sobre toda la realidad.

Se habla de Dios viviendo, obrando y hablando de cualquier cosa, porque, o Dios tiene que ver con todo, o no tiene que ver con nada. María, cuando canta en el *Magnificat*, no hace como una separación refiriéndose a un aspecto de su vida. Es toda su persona; es además toda la historia incorporada a lo que lleva dentro de sí y la que el Poderoso está realizando.

Vivimos tiempos recios, tiempos difíciles, y fácilmente nos lamentamos de ellos. Con naturalidad pasmosa buscamos culpables o creemos que nada puede hacerse para cambiar la situación que atravesamos.

Pero no podemos quedarnos impasibles ante esa situación. No podemos cruzarnos de brazos o resignados ante esa secularización rampante, que no reconoce a Dios en el centro de sus vidas. No podemos quedarnos tranquilos ante esa muchedumbre inmensa en cuyas vidas Dios no significa nada y camina en vacío. Ni el amor a Cristo, ni el amor a nuestros hermanos provenientes de ese amor permite que nos inhibamos ante la obra de evangelización.

## NUEVA EVANGELIZACION

María, portavoz de la humanidad entera, señala constantemente a Jesús la indigencia de los hombres que carecen del vino nuevo del Evangelio. En Caná de Galilea se nos muestra «la solicitud de María por todos los hombres, al ir a su encuentro en toda la gama de necesidades».

Y no hay mayor necesidad ni mayor indigencia que la necesidad y la indigencia de la fe; no hay mayor necesidad del corazón del hombre que la necesidad de Dios; ese corazón “no se contenta con menos que Dios” (Santa Teresa de Jesús). Si como decía Santa

Teresa de Jesús, «quien a Dios tiene, nada le falta», también podemos afirmar que a quien carece de Dios, le falta todo, y ésa es la indigencia de nuestro tiempo.

María es la "*Estrella de la Evangelización*". La relación que existe entre María y Cristo, María y la Iglesia, funda el nexo de María con la evangelización, pues la persona de Cristo es el Evangelio mismo y el contenido esencial del anuncio cristiano. Él es el Evangelio vivo, la sustancia viva del Evangelio y el primer Evangelizador, como dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y recoge y reafirman Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio*

"*María, Estrella de la Evangelización*" como Madre que es de la esperanza, de la esperanza del juicio escatológico del Reino de Dios, del cumplimiento de las promesas definitivas de Dios, de vida eterna del triunfo sobre la muerte, de la victoria sobre el mal, de la presencia de Dios en todo, que lo penetra todo y llena todo para siempre. Ella como signo y primicia de la Iglesia, nos es mostrada como la gran señal que apareció en el cielo del libro del Apocalipsis, la mujer vestida de sol (Cfr Ap 12,1).

Camino de esperanza, anuncio y presencia, testimonio de la esperanza ya cumplida y espera de lo que ha de venir, abierta para la esperanza y reclamo y exigencia de la misma, María es Aurora de un mundo nuevo, «Madre de la esperanza», y es así **Estrella de la Evangelización**.

Éste es el horizonte que María nos abre para la Nueva Evangelización

Así pues, insistiendo una vez más, nuestro tiempo no puede ser tiempo para la simple conservación de lo existente, sino que es tiempo para la misión. Es tiempo para proponer de nuevo y ante todo a Jesucristo, el centro del Evangelio. No podemos caer en la culpabilidad que supondría el limitarnos únicamente a la conservación y al mantenimiento. Por ello nos apremia esa Nueva Evangelización a la que tanto nos está urgiendo la Iglesia. «Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión», como dijo muchas veces San Juan Pablo II.

Por eso, con esta Carta Pastoral, a los pies de Nuestra Señora de los Desamparados, Nuestra Señora de la Evangelización, le pedimos: "María, míranos con tus ojos misericordiosos y muéstranos, entréganos, al fruto de tu vientre, Jesús, para que de esta manera, encontrados por Él, en encuentro con Él, podamos también nosotros entregarlo a los hombres y así suscitar una esperanza nueva a este mundo que necesita ciertamente de esa gran esperanza sin la cual fallece".

En primer lugar, el encuentro sacerdotal diocesano, en el que tenemos puestas tantas esperanzas, porque de los sacerdotes depende muchísimo esta Nueva Evangelización. En segundo lugar, el Congreso Interdiocesano de Educación en el que todos estamos llamados a participar, y podemos hacerlo, de diversas maneras, porque la educación en la que todos estamos implicados

es parte inseparable de la evangelización. Como signo de que “los pobres son evangelizados”,

Se aprobará y comenzará a aplicarse, también este curso, el Plan Interdiocesano para la Iniciación cristiana, que es base en cualquier intento evangelizador, y se potenciarán, a través de diversas iniciativas y acciones, planes de pastoral de jóvenes y de pastoral vocacional, como algo muy prioritario, ante el Sínodo próximo de los Obispos; se abrirán nuevas capillas para la adoración perpetua o permanente; darán comienzo las actividades del Secretariado para la enseñanza bíblica; habrá que ver también la promoción de una gran “misión popular” en toda la diócesis.

Coincidiendo este curso con el centenario de la Apariciones de la Virgen de Fátima, ocasión de esta Carta Pastoral, hemos de esforzarnos todos en la promoción del rezo del Santo Rosario, como Ella pidió, en todas las parroquias diariamente, en las familias y personalmente, y en el cultivo de la devoción mariana en los diversos santuarios de nuestra diócesis, realizando las fiestas marianas, llevando a cabo peregrinaciones a lugares marianos emblemáticos y la gran peregrinación diocesana a Fátima, precedida o seguida por la acogida de la imagen peregrina de la Virgen de Fátima en nuestra diócesis de Valencia, y también por la visita a parroquias de la imagen peregrina de la Virgen de los Desamparados, como parte de la evangelización; la promoción de la religiosidad popular como integrante de una Nueva Evangelización con diversas iniciativas, será objeto de nuestra atención pastoral.

Muy unido a esta exaltación de la Virgen *María, Estrella de la Evangelización*, nos proponemos impulsar la promoción de la Declaración como Doctores universales de la Iglesia de dos santos valencianos, profundamente marianos: San Vicente Ferrer y Santo Tomás de Villanueva,

Éstas serán las acciones más destacadas que intentaremos llevar a cabo en nuestra diócesis, si Dios quiere, el próximo curso con la ayuda de todos, la participación de todos, y sobre todo, con la ayuda y protección de Santa *María, Estrella de la Evangelización*, en cuyas manos ponemos estos proyectos y buenas intenciones; se constituirán los Consejos diocesanos para la vida Consagrada y para los laicos, como expresión de la comunión que es la Iglesia, la Iglesia diocesana, y para resaltar el importante e imprescindible papel que están llamados a desempeñar en nuestra diócesis.

Concluyo con unas palabras del papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, para todos programática, —¿con qué palabras mejor?—:

“A la Madre del Evangelio viviente le pedimos para que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial <diocesana>. Ella es la

mujer de fe, que vive y camina en la fe y 'su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia' (Juan Pablo II). Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un destino de servicio y fecundidad.

Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores. En esta peregrinación evangelizadora no faltan etapas de aridez, ocultamiento, y hasta cierta fatiga, como la que vivió María en los años de Nazaret, mientras Jesús crecía: 'Éste es el comienzo del Evangelio, o sea de buena y agradable nueva'.

No es difícil, pues, notar en este inicio una particular fatiga del corazón, unida a una especie 'noche de la fe' —usando una expresión de san Juan de la Cruz—, como un 'velo' a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio. Pues de este modo María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe (Juan Pablo II)" (Papa Francisco).

Esta apuesta también es evangelización, porque es servir al surgimiento de una humanidad nueva, hecha de hombres y mujeres nuevos conforme al Evangelio del amor y la verdad, edificar una nueva civilización del amor, abrir espacios a una nueva cultura de la vida, trabajar por la familia, construir la paz. ¡Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, Ruega por nosotros!

Os escribiré, mis queridos diocesanos, más adelante sobre estos temas que constituyen una verdadera amenaza para el hombre, porque ésa es mi responsabilidad de pastor; si no lo hiciera sería un mal pastor y sería señal de que no os querría y que os dejaba en la estacada, ante los lobos de este mundo. ¡Y lejos de mí tal cosa! ¡Jamás!